

CAPÍTULO TRES

Excluidas de los tropos en la historia: La mujer y el desplazamiento del género en la poesía de Andrés Bello (1781-1865)

Traducido por Valentina Cicerchia.

¿Qué es la verdad sino lo implícito de lo explícito?

Kristeva 1986: 153

El la clara belleza os revelaba
Del idioma de León i de Cervantes,
I con labores serias e incesantes
La senda de la gloria os allanaba...

Lumbrera fue de Chile peregrina,
Jenio de orden, de paz i de cultura,
De lo recto i lo justo la hermosura,
Idealizó su inspiración divina.

Mercedes Marín 'A la muerte del ilustre sabio
Don Andrés Bello', *Poesías* 1874: 262

Aunque claramente no le disgustaba la retórica, Bolívar tenía sus dudas acerca de la mitificación literaria en lo que respectaba a él y a sus generales. Desaprobaba, por ejemplo, el poema épico de José Joaquín Olmedo “La Victoria de Junín” (1825), que lo describe a él y a sus oficiales como los héroes semidivinos de la mitología griega. En una carta a Olmedo, objetó “vd. nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía, la ficción y la fábula, vd. nos eleva con su deidad mentirosa”. Los mitos le restan valor a la realidad y a los esfuerzos de los hombres en la vida real; “Vd. pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada” (citado en Vidal 2004: 214-215; Conway 2001). La mitificación, o mistificación, de la mujer en la literatura resulta asimismo perniciosa (De Beauvoir 1997: 171-292).

Este capítulo estudia los tropos que designan a la mujer en la poesía de Andrés Bello, pero primero estudia el desplazamiento del género como una categoría gramatical al género como herramienta que denota diferenciación sexual en su *Gramática*. La *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* de Bello se publicó en 1847, pero se redactó en la década de 1810. Sus dos *silvas* más celebradas, “Alocución a la poesía”¹ y “La agricultura de la zona tórrida”, se publicaron en la *Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826)², respectivamente. Los poemas iban a formar parte de un Canto inconcluso titulado “América” y se escribieron mientras Bello vivía en Londres durante, e

inmediatamente después, de las Guerras de independencia. Se negaba a publicarlos en ese momento y los consideraba nada más que “fabulitas” (Rodríguez Fernández 1981:41). ¿Qué nos dicen acerca de la conceptualización de Bello de nación en cuanto al género en este momento crítico de transformación política y social? Este capítulo explora la construcción de los mitos y los tropos relacionados con la diferenciación sexual que se encuentran en estos textos y las implicaciones políticas e ideológicas resultantes. Como se verá, la poesía de Bello perpetúa una ideología de género conservadora, legitimada por una apropiación neoclásica y republicana de la retórica de la antigüedad clásica. Como consecuencia, las mujeres son excluidas de la construcción nacional en la historia.

Sin duda, Andrés Bello es uno de los intelectuales más convincentes en la formación ideológica de la independencia hispanoamericana (Fontaine Aldunante 1981). Educado en los clásicos y en la filosofía, su poesía adhiere a la convención neoclásica, y se desvía notablemente hacia una estética romántica (Rodríguez Fernández 1981). Dos de los primeros poemas escritos antes de las guerras de independencia más conocidos eran “Oda a la Vacuna” y el soneto “A la Victoria de Bailén”, que celebra la victoria española sobre Napoleón en julio de 1808. Como las silvas de su contemporáneo liberal español, Manuel José Quintana, “A la Expedición española para propagar la vacuna en América” (1806) y “A España después de la revolución de marzo” (1808) (Quintana 1958), marcan una preocupación por el Iluminismo con progreso científico y nacionalismo romántico. Para el año 1810, Bello había alcanzado la posición de oficial de alto rango en el gobierno colonial venezolano, un puesto ratificado por la recientemente formada Junta de Caracas. Ese mismo año, con 29 años de edad, lo enviaron a Londres con Bolívar, quien tenía 27 años, para buscar apoyo en pos de una Venezuela independiente. La independencia se declaró en 1811 y Bello permaneció en Londres como un emisario para el nuevo gobierno. Pero los españoles recuperaron el control de Caracas y esto lo obligó a quedarse en Londres sin apoyo gubernamental.

Bello permaneció en Londres diecinueve años (1810-29), ganándose la vida enseñando y escribiendo, mientras que hacía uso de la Biblioteca Británica (en Montague House en ese momento) y de la biblioteca espléndida de Francisco de Miranda (en cuya casa se alojó con López Méndez luego de la partida de Bolívar) para sus estudios en derecho internacional, filosofía y literatura. Mientras estaba en Londres, Bello presencié las secuelas de la abdicación de Napoleón (1814), de la batalla de Waterloo (1815) y del Congreso de Viena. Se casó dos veces (en 1814 y en 1824) con mujeres de descendencia irlandesa, conoció a Lord Holland y su círculo y a algunos de los pensadores más influyentes de la época, como James Mill, con quien compartía el amor por la civilización griega. Se dice que colaboró con Mill en la transcripción de los manuscritos casi ilegibles de Jeremy Bentham (Murillo Rubiera 1982: 15). No hay duda de que Bello fue influenciado en mayor parte por el utilitarismo, lo que demostró su colosal tarea de veinte años, el Código Civil de la República chilena, *Proyecto de Código Civil (1841-45)* (1846), que se adoptó luego en Colombia y Ecuador. Londres fue la ciudad donde muchos exiliados españoles se refugiaron del absolutismo de Fernando VII entre 1814-1820 y 1823-1833, y el destino de varios hispanoamericanos, algunos de los cuales fueron enviados por los nuevos gobiernos republicanos para negociar con los británicos, o huyeron de regímenes represivos en su país de origen. Entre los amigos más cercanos de

Bello estaban los liberales exiliados españoles José María Blanco White y Bartolomé José Gallardo, y el guatemalteco Antonio José Irisarri (Murillo Rubiera 1982). Cuando estaba en Inglaterra, Bello co-editó dos publicaciones periódicas, la *Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-7), a cargo de Rudolph Ackermann (Roldán Vera 2003; Pratt 1992:172-73) en donde incluyó sus poemas.

En 1829, con 47 años de edad, Bello finalmente se marchó a Chile, donde permaneció hasta su muerte, a la edad de 84 años. Lo designaron a un puesto de responsabilidad en el ministerio de interior de Chile y obtuvo nacionalidad chilena. A partir de ese momento, como senador en el gobierno, jugó un papel decisivo en la fundación del estado chileno y en el establecimiento de instituciones de enseñanza, en especial escuelas primarias y la Universidad de Chile (de la cual fue el primer rector), fundada en 1842 bajo modelos británicos y alemanes. Su Gramática era considerada la gramática más importante del lenguaje castellano y él fue el primero en escribir en español acerca de derecho internacional: sus *Principios del derecho de gentes, 1832*, fue el primer tratado de este tipo en español. Estos trabajos de suma importancia, que incluyen *Filosofía del entendimiento* (1881), inspirada en Locke, y sus contribuciones prácticas como, por ejemplo, tutor de Bolívar, senador en la República chilena, y fundador de la Universidad de Chile, certifican una contribución destacada en la formación del estado-nación chileno y en la independencia cultural hispanoamericana (Cussen 1992; Jaksic 2001).³

El género gramatical

Como los críticos han notado, el propósito del trabajo literario y filológico de Bello era establecer a Hispanoamérica como un centro de producción cultural post-colonial independiente. Una iniciativa como la elaboración de una Gramática española, escrito por un burócrata y anterior súbdito de la Venezuela colonial, ahora nacionalizado chileno, era audaz. Bello se atrevió a instruir a la metrópoli en cómo funcionaba el lenguaje del antiguo imperio y como debía ser utilizado aproximadamente veinticinco años después de la independencia. Bello era bastante consciente de su posición y escribió de forma memorable en el prólogo de su gramática, “No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica” (Bello 1928: vi). Sus intenciones eran patrióticas y conservadoras: conservar la unidad lingüística de Hispanoamérica, unir los pueblos dispares de las Américas, hacer que sean mutuamente comprensibles, y resistir la avalancha de neologismo introducidos por la modernidad. Escribió que el peor peligro era que cada país podría volver a su propio dialecto “primitivo” incomprensible para todos, como lo hizo la Europa de la Alta Edad Media luego de la caída del imperio romano. Un idioma continental unificó a la elite criolla y les aseguró dominio cultural y político como la nueva elite republicana: la misión didáctica de Bello aseguró, del mismo modo, la transferencia de la ideología dominante por medio de la educación y el periodismo. Su gramática se concibió como un instrumento de poder y un elemento central en el proceso de independencia.⁴ Como escribió en *Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América* (1823), al parafrasear la obra *Emile* (1762) de Rousseau: “Se forman las cabezas por las lenguas,... y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas” (citado de Alonso 1951: x); las ideas toman forma según el lenguaje en el que son formuladas. Desde este punto de vista, la fragmentación

lingüística significaba la desculturización. Bello quería conservar los americanismos, con tal de que éstos hayan evolucionado a partir de raíces castellanas y fueran aprobados por la elite educada: “Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía a que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada” (Bello 1928: ix).⁵

¿Qué entendía Bello por *género*? Como especialista de lenguaje, era completamente consciente de la distinción entre el género gramatical y la diferencia sexual. Para Bello, que el idioma no sea transparente ni neutral, sino que forme ideas, codifique valores y significados y permita el acceso a la realidad social, es axiomático para la crítica feminista de la actualidad. Pero la (falta de) representación simbólica de la mujer en el lenguaje no era un tema de debate en la época de Bello, y no lo sería hasta la década de 1970. Desde entonces, la investigación de idiomas y culturas ha demostrado la representación asimétrica del hombre y la mujer en el discurso y la exclusión histórica de la mujer de las formas culturales (Spender 1985: 52-75). “El género forma la parte central de la construcción y clasificación de los sistemas de diferencia” (Haraway 1991:130) y, tal como los lingüistas feministas proponen, el lenguaje sostiene la desigualdad de género (Cameron 1985). Para Monique Wittig, “el género es la imposición del sexo en el lenguaje, que funciona de la misma forma que la declaración del sexo en el estado civil” (Wittig 1986: 65). Desde siempre, la mujer ha sido excluida no sólo de la producción del lenguaje sino también de su difusión, legitimación, codificación e institucionalización pública. La masculinidad era la norma. Dale Spender lo expresa de manera concisa, “La masculinidad es la forma no marcada, se supone que el mundo es masculino a menos que se pruebe lo contrario. La femineidad es la forma marcada: la prueba de lo contrario” (Spender 1985: 20). En español, el denominado “masculino genérico” subsume al femenino bajo el masculino, de ese modo, se determina a un grupo con sexos mixtos como masculino (como en la oración “Cansados, llegaron los tres al pueblo”, la cual puede referirse a tres hombres, o a dos mujeres y un caballo (Bengoechea 2000:36)). También puede sustituir el masculino por el femenino: en “el jazmín es una flor”, jazmín se incluye en el genérico “flor”, pero en “María es un hombre”, María no puede incluirse en el genérico “hombre” (Véase “persona”), a menos que “hombre” se identifique como el género humano universal (Bengoechea y Calero Vaquera 2003: 39). El efecto es acumulativo, y tiene repercusiones duraderas en la imagen de uno mismo y la interpretación del hombre y la mujer en la sociedad, una situación que solo ha comenzado a ser reparada hace poco (Bengoechea y Calero Vaquera 2003; Bengoechea 2000; Lorenzo 1994).

En español (y en otros idiomas indoeuropeos), la causa fundamental de lo que generalmente se denomina sexismo en el lenguaje puede identificarse como el deslizamiento del género gramatical a la diferencia sexual. Esto es el resultado de la semantización de la morfología y la sintaxis, es decir, la atribución de diferencia sexual a las formas del lenguaje (por ejemplo las terminaciones con vocales “o” o “a”). La falta de distinción se origina en la refundición (en el griego y el latín) de la *clasificación* (genus [clase] y género) y del *sexo* (generare L. [engendrar]). Este deslizamiento es de larga data y prevalece aun en el día de hoy. En la versión resumida del Diccionario Oxford (1944, reimpresso en 1972) dice:

Género: Cada uno de los tres (o dos) ‘tipos’ [sic] gramaticales que se corresponden de ‘alguna manera’ [sic] con las distinciones comunes de sexo

(o ausencia de sexo) que se utilizan para discriminar entre sustantivos según la naturaleza de las modificaciones que requieren en las palabras sintácticamente asociadas con ellas.

Como se sabe, los gramáticos clásicos y los primeros gramáticos modernos consideraban al género gramatical desde el punto de vista del sexo biológico. Para Nebrija (quien reconocía siete géneros de sustantivos en español), el género en el sustantivo es lo que distingue a “macho” de “hembra” y a “neutro” de ambos (Nebrija 1980:175).⁶ La primera edición de la *Gramática de la Real Academia Española* (1771) plantea que los sustantivos se dividen en dos géneros: el primero masculino y el segundo femenino. El masculino hace referencia a los hombres y a los machos, y el femenino a las mujeres y a las hembras: la clasificación de géneros “distingue los dos sexos” (citado en Bengoechea y Calero Vaquera 2003: 29). Todavía se discute si la desigualdad de géneros es inherente a idiomas específicos, como el español, o un producto de la pragmática y el uso del lenguaje. Para algunos lingüistas, el género es nada más que “un accidente gramatical... la capacidad de una palabra de presentar variación formal para expresar las relaciones sintagmáticas” (citado en Bengoechea y Calero Vaquera 2003: 32; Véase también Roca 2000). Aníbal García Meseguer propone que cada hispanohablante realiza una conexión inconsciente entre el género gramatical y el sexo biológico y que esta idea falsa, o conocimiento falso, es el resultado del patriarcado (“la cultura patriarcal es culpable y la lengua es inocente”, citado de Bengoechea y Calero Vaquera 2003:35). Patrizia Violi, que escribe en 1991, adopta una perspectiva diferente: “El género no es sólo una categoría gramatical... sino que, por el contrario, es una categoría semántica que manifiesta dentro de la lengua un simbolismo profundo ligado al cuerpo: su sentido es precisamente la diferencia sexual” (citado de Bengoechea y Calero Vaquera 2003: 27), una opinión que comparte Mercedes Bengoechea:

Por mucho que se niegue, lo cierto es que las reglas de utilización del género gramatical de nuestra lengua [española] han formado parte del sistema sexo - género por el cual las diferencias biológicas han justificado diferencias culturales y diferencias de poder entre los colectivos definidos como femenino y masculino. (Bengoechea 2000: 54).

El concepto de género de Bello, en contraposición al de Nebrija, no identifica sólidamente la diferencia sexual con el género gramatical aunque, como expondré, el deslizamiento sí se produce. Tal como el gramático del siglo XVI El Brocense, quien escribió que si los adjetivos no existieran, “nadie podría encontrar el género gramatical” (Bengoechea y Calero Vaquera 2003: 30), Bello concebía al género como adjetival (centrado en los atributos) más que como sustantivo (centrado en las cosas). La lingüista feminista María Luisa Calero Vaquera aplaude a Bello como “el maestro en el manejo coherente de los criterios morfosintácticos” (Bengoechea y Calero Vaquera 2003: 31). Rompió con la autoridad centenaria de Nebrija al presentar al género como un fenómeno morfosintáctico sin relación con la diferencia sexual. La ideología de Bello fue tan influyente que la Real Academia Española modificó su entrada de género en el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* (1973) para privilegiar del mismo modo las propiedades formales por encima de las semánticas. Como señala Amado Alonso, la *Gramática* de Bello es sorprendentemente moderna y distinta de cualquier otra gramática europea de la época. En el prólogo de su edición de 1951, Alonso

escribió: “sigue hoy mismo siendo la mejor gramática que tenemos de la lengua española” (1951: ix). Esto puede ser consecuencia de la influencia de los Mills, y del conocimiento de Bello de Berkeley, Hume y Locke como se demostró en su *Filosofía del entendimiento*, o más probablemente, de su encuentro con Alexander Von Humboldt y Aimeé Bonpland durante su residencia en Caracas de noviembre de 1799 a febrero de 1800. Bello, con 18 años de edad, podría haber conversado con Alexander acerca de su hermano, el filósofo y pionero en lingüística comparada histórica, Wilhelm Von Humboldt, de 32 años en ese momento. Humboldt afirmó en *Sobre el lenguaje: La diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia en el desarrollo mental de la humanidad*,⁷ la introducción a su monumental e inconcluso *Die Kawi Sprache* (Berlín, 1836), que cada lenguaje impone en el pensamiento sus propias estructuras y leyes formales, solo conectadas tangencialmente con la lógica, y que la morfología y la sintaxis revelan las diferencias entre los idiomas, haciendo posible su comparación y clasificación (Alonso 1951: xxvi-xxvii).

Sin embargo, y confirmando las observaciones hechas anteriormente por Bengoechea, aun en la gramática de Bello el género gramatical puede implicar la diferencia sexual, y la desigualdad de género se inscribe firmemente en el campo simbólico que es la obra literaria de Bello. Como veremos, Bello no dudaría en usar al género para fines ideológicos.

En el capítulo IV de su *Filosofía del entendimiento* (1843), 'De la semejanza y la diferencia', Bello emplea la palabra “género” de forma correcta para referirse a “clase, especie, genero” (Bello *Filosofía* 1951: 92). Agrega,

Llamemos cualidades de los objetos las que percibimos, y atributos o predicados los signos con que las representamos en el lenguaje: es fácil echar de ver que no hay entre las unas y los otros la correlación o paralelismo que han figurado muchos filósofos. (Bello *Filosofía* 1951: 95)

En otras palabras, no se necesita una conexión entre el significado (las cualidades que percibimos en los objetos) y el significante (el signo o palabra lingüística, adjetivo o predicado, empleado para representar esas cualidades percibidas), ni una conexión entre la palabra “femenino” y el objeto que describe. De este modo, Bello deconstruye los binarios de la racionalidad de la Ilustración (Cussen 1992). En la *Gramática* el significado de la palabra “género” no es siempre género [genre], una clase especial de arte, literatura, música, etc., sino lo que se entiende actualmente como “género”, el hecho de ser macho o hembra. A lo largo de su estudio detallado del español, Bello no pudo evitar notar, y hacer explícita, la atribución arbitraria de género (masculino y femenino) a etiquetas que denotan un sistema de clasificación binaria relacionado con la formación de palabras y la inflexión; la relación arbitraria entre el sexo biológico y el género lingüístico, y el deslizamiento que ocurre entre los dos en la práctica discursiva. Se podría decir que él identifica a la “mujer” como a un signo en el discurso. En cuanto a la descripción y explicación de las leyes del lenguaje, su razonamiento es de la manera que se describe a continuación. La primera vez que se menciona la palabra género en la *Gramática* es bajo la sección titulada “Clasificación de las Palabras” (capítulo 2), subdivisión “adjetivos”. Bello plantea allí que, dependiendo de las terminaciones de las palabras, hay dos clases de adjetivos en el castellano.⁸ Los adjetivos se clasifican, “los llamamos” (Bello 1928: 12), de primera terminación si terminan en “o” y de segunda terminación si terminan en “a”. De hecho, esto establece una jerarquía a priori (primera, segunda) en palabras que denotan

atributo, pero no lo hace todavía en las relacionadas con la diferencia sexual. Sin embargo, algunos sustantivos solo admitirán adjetivos con la primera terminación y otros, solo adjetivos con la segunda terminación. Entonces, se deduce que los sustantivos (palabras que indican objetos, cosas, personas) también deberían estar divididos en dos clases. Hasta este momento no se menciona al género (tanto gramatical como sexual) como palabra o concepto. La oración clave es: “Los (sustantivos) que se construyen con la primera terminación del adjetivo se llaman *masculinos...*” [sic] Luego de identificar la clasificación de adjetivos de acuerdo con la inflexión, y la clasificación de sustantivos de acuerdo con su concordancia con la inflexión adjetival, se inventa una etiqueta que identifica y diferencia ambas clases. La etiqueta denota diferencia de género. ¿Por qué? Porque, según Bello, entre ellos (los sustantivos) se comprenden especialmente aquellos que significan sexo masculino como *niño, emperador, león*’ (Bello 1928: 12). De la misma forma, los sustantivos que toman la segunda terminación adjetival se llaman femeninos “a causa de comprenderse especialmente en ellos [sic] los que significan sexo femenino, v.gr. *niña, emperadora, leona*” (Bello 1928: 13). Bello agrega, “Son, pues, masculinos *árbol, palacio*, y femeninos *planta, casa*, sin embargo de que ni los primeros significan macho ni los segundos hembra” (Bello 1928: 13). Es importante notar aquí la palabra “pues”, la lógica del razonamiento: el género (masculino o femenino) se atribuye a un sustantivo sobre la terminación (es decir, clase) del adjetivo que toma; un género (masculino/femenino) que puede o no corresponder a un sexo (macho/hembra). Bello demuestra ser consciente de la distinción entre sexo y género, y la hace explícita. De hecho, él identifica el sistema sexo/género.

Luego de establecer en su discusión de concordancia las dos clases o géneros de sustantivos, continua con la deconstrucción en tres fases del binario masculino/femenino y de la correlación engañosa entre sexo y género. En primer lugar, algunos sustantivos “significan ya un sexo, ya el otro” con solo agregar una terminación; es decir, los sustantivos denotan cualquiera de los sexos (*el testigo, la testigo*) independientemente de la clase/género del sustantivo: “se llaman comunes, que quiere decir, comunes de los dos géneros masculino y femenino” (Bello 1928: 13). Aquí aparece la primera referencia a la palabra “género”, con significado de clase y también de diferencia sexual, como se observa en el desplazamiento entre sexo y género de esta explicación. Testigo es “común”, no porque su terminación en “o” sea invariable sino porque a pesar de su terminación en “o”, denota cualquiera de los dos sexos. En segundo lugar, algunos sustantivos, los “unigéneros”, denotan un sexo y toman (o “emplear en”) solo un género, por ejemplo: *rey, mujer*; entre estos se encuentran los epicenos, palabras que pertenecen a un género que aparentemente contradice el sexo del ser al que se refiere, por ejemplo: “*una persona discreta*”; género femenino/sexo macho: “Pero... hay sustantivos que denotando seres vivientes, se juntan siempre con una misma terminación del adjetivo, que puede ser masculina, aunque el sustantivo se aplique accidentalmente a hembra, y femenina, aunque con el sustantivo se designe varón o macho” (Bello 1928: 13) por ejemplo: *la liebre macho, el buitre hembra*. Por lo tanto, el género del adjetivo contradice arbitrariamente el sexo del sustantivo; por esta razón, “epiceno” significa “para o teniendo las características de ambos sexos”.⁹ En tercer lugar, algunos sustantivos varían de género (“mudan de género”) independientemente del sexo que denoten, “sin que esta variedad de terminación corresponda a la del sexo, del que

generalmente carecen” Estos se denominan, “los llamamos”, ambiguos, p. ej.: *el/la mar* (Bello 1928: 14). Resumiendo,

La clase a que pertenece el sustantivo, según la terminación del adjetivo con que se construye, cuando este tiene dos en cada número, se llama GÉNERO. Los géneros, según lo dicho, no son más que dos en castellano, *masculino* y *femenino*. Pero atendiendo a la posibilidad de emplear ciertos sustantivos, ya en un género, ya en otro, llamamos *unigéneros* (a que pertenecen los epicenos) los que no mudan de género; como *rey, mujer, buitre; comunes* los que varían de género según el sexo a que se aplican, como *mártir, testigo*; y *ambiguos* los que mudan de género sin que esta variación corresponda a la de sexo, como *mar*. (Bello 1928: 14).

En castellano hay dos géneros, masculino y femenino. Algunos sustantivos nunca cambian de género, independientemente del sexo que denotan. Otros varían en género de acuerdo al sexo que denotan. Otros varían de género independientemente del sexo que denotan. Las palabras se asignan a un género que sirve de etiqueta para la clasificación; el género no corresponde necesariamente a un sexo, y a veces contradice el sexo del ser al que se refiere. En otras palabras, no hay correlación directa entre el lenguaje y el mundo, o entre la diferencia sexual y de género: el español no divide (nombra y describe) el mundo cuidadosamente en masculino y femenino, no hay una distinción clara entre masculino y femenino; no es necesaria una identificación sexo/género; y cualquier identificación sexo/género que exista sería arbitraria, porque no encaja en la lógica del sistema de clasificación del cual forma parte.

Sin embargo, en la sección “Género de los sustantivos”, Bello desarrolla aún más el concepto de género en relación con la diferencia sexual. Plantea que para determinar el género del sustantivo debemos mirar tanto al significado (semántica) como a la terminación (morfología) de la palabra. En cuanto al significado, “masculino” se referirá a “varón o macho o seres que *nos representamos como* de este sexo” (mi énfasis), p. ej. *Dios, ángel, patriarca, monarca, ríos, montañas*, y cada palabra que se refiera a sí misma (comentario metalingüístico). El “femenino” se referirá a sustantivos que “significan mujer o hembra o seres que *nos representamos como* de este sexo”, p. ej.: *diosa, ninfa, hada*, ciudades, aldeas y letras del alfabeto (Bello 1928: 42). “Nos representamos” significa que es en el uso del español (a diferencia de en el lenguaje en sí) que las terminaciones clasificatorias “o” y “a” se atribuyen a (representadas como) la diferencia sexual. Además, Rufino José Cuervo repite que hay solo dos géneros en castellano y que aunque algunos sustantivos parecen ser neutrales, “esto es ni masculino ni femenino”, son masculinos de igual manera, porque “se construyen con la primera terminación del adjetivo” (Bello 1928: 14). De esta forma, el masculino universal subsume todo lo que no está marcado específicamente como femenino. El deslizamiento del género gramatical a la diferencia sexual ocurre en la codificación misma del lenguaje (la gramática), la cual responde a su vez, por lo menos en parte, al uso del lenguaje.

El género y los tropos.

¿Cómo se unen en el trabajo de Bello estos dos asuntos, el género y la autonomía/autoridad cultural hispanoamericana? El uso de estereotipos “ginomórficos” que prevalece en la obra de, por ejemplo, Bolívar y Echeverría,

no es tan llamativo en la obra pública no literaria de Bello. Aun así, en el discurso que escribió para el presidente chileno Joaquín Prieto, pronunciado en septiembre de 1841 (el último discurso del gobierno de Prieto), la “revolución chilena” se describe como una doncella inmaculada, con fuertes connotaciones con la inmaculada virgen; es “la menos mancillada de crímenes”, entre las revoluciones hispanoamericanas gracias a la “pureza” y lealtad de sus hombres de estado. De forma similar, el pueblo chileno ha probado ser “modesto y sensato” como debe ser la mujer, se da a entender, en la esfera doméstica (Bello 1976: 60,62).¹⁰ En su artículo “Modo de escribir la historia”, publicado en *El Araucano* (Febrero, 1841) aboga (siguiendo a Michelet, Thierry y otros historiadores franceses) por una metodología inductiva (“inducción sintética”) más que por la aplicación de cualquier modelo teórico a priori, “sistema falaz que impuesto a la historia la adultere” (Bello 1976: 189) y, de acuerdo con François Villemain, critica a William Robertson por no mencionar al subalterno en su *Historia del Emperador Carlos V (1769)*, las mujeres y los niños que lloran mientras que sus padres e hijos parten hacia la batalla. En este artículo, que alienta a los jóvenes chilenos a pensar de forma independiente, la historia colectiva de la nación (chilena) se representa como “el hombre chileno de la Independencia” (Bello 1976: 199), “las masas de hombres, cada hombre-pueblo”, y la historia de los individuos destacados como “el hombre-individuo” y “un solo hombre”, como era la norma de esa época. Pero Bello también se refiere frecuentemente y de forma más general a “personas” y a “poblaciones” (Bello 1976: 181, 182, 199). La ciencia puede ser “lozana y florida” y “la América”, cuando se la ata al pensamiento europeo, aun encadenado (Bello 1976: 201), pero hay poco sentido de subvaloración o menosprecio del femenino.

Sin embargo, no es así el discurso literario. Simone de Beauvoir planteó la interrogante de por qué casi todas las alegorías verbales (de palabras) o ilustradas (de imágenes) en la cultura occidental, son mujeres: “No solo las ciudades y las naciones se visten de atributos femeninos, sino también entidades abstractas como las instituciones: la iglesia, la sinagoga, la república, la humanidad son mujeres; también lo son la paz, la Guerra, la libertad, la revolución, la victoria.” La razón es que “el hombre feminiza el ideal que construye ante él como el Otro esencial, porque la mujer es la representación material de la alteridad” (de Beauvoir 1997: 211).¹¹ El resultado es que “ya no vemos a la mujer como carne y hueso sino como sustancia glorificada... la mujer ya no es una criatura animal sino un ser etéreo, un suspiro, un resplandor” (de Beauvoir 1997: 211). Este capítulo desarrolla estas ideas al enfocarse en las dos silvas de Bello que, como las fábulas en verso de los “Poemas menores”, son representativas de su estilo neoclásico (en vez de su estilo más íntimo).¹² En la fábula “La Cometa” (1833), por ejemplo, la amenaza de un imprudente “pueblo insensato” (Bello 1952: 236) se inscribe como una mujer peligrosa fuera de control. Una “bella cometa”, la cual desea ser libre de “ese tiranuelo, / que, según se le antoja, / o me tira la rienda, o me la afloja” (Bello 1952: 235) se desata de su cuerda solo para caer y clavarse en un espino. La moraleja explícita es que el pueblo voluble debería ser contenido por la ley, a lo que se refiere como “servil cadena”, pero la analogía con la necesidad de controlar la mujer (inconstante) es obvia.

“Alocución a la Poesía”

En la alocución exhortatoria a la Poesía, “Alocución a la Poesía”, conocida “como el manifiesto de la Independencia intelectual del continente hispanoparlante” (Pérez

Vila 1979: 361), el Poeta o creador, convencionalmente de sexo masculino, alienta a la Poesía a abandonar la deteriorada Europa y volar a las Américas donde encontrará una nueva inspiración (Bello 1952: 5-35):

Divina Poesía
 Tú de la soledad habitadora,
 a consultar tus cantos enseñada
 con el silencio de la selva umbría,
 tú a quien la verde gruta fue morada,
 y el eco de los montes compañía:
 tiempo es que dejes ya la culta Europa,
 que tu nativa rustiquez desama,
 y dirijas el vuelo adonde abre
 el mundo de Colón su grande escena. (Bello 1952: 5)

En esta alegoría, se le asigna sexo femenino al sustantivo abstracto “la Poesía”, y se lo representa como una figura femenina en la tradición alegórica de la antigüedad clásica: el tropo personifica al sustantivo con género y le atribuye cualidades consideradas femeninas, divinas y humanas. La Poesía es una “diosa”, una “ninfa”, y una “maestra” “de los pueblos y de los reyes”. (Bello 1952: 6). De este modo, el femenino se identifica con el conocimiento ideal y divino, en contraste con la realidad histórica del hombre.

América, el sustantivo con género que denota un territorio y una entidad política, también se personifica en una alegoría y se le atribuye un sexo explícitamente. América adquiere una familia, una genealogía y funciones reproductivas y de alimentación. Ella es la joven esposa del sol, la hija del antiguo océano y da a luz y alimenta a las riquezas. La analogía identifica a América como una tierra, que emerge de los mares (implícitamente como Venus), la cual en conjunción con el sol produce abundante crecimiento natural. América es el producto final de un proceso geológico y biológico complejo, cuidadosamente encapsulado y simplemente comunicado a través de un tropo conocido de familia. Así, lo femenino funciona como una metáfora de la naturaleza, que (*pace* Rousseau) indica la libertad primitiva, la creación y lo inculto, que son aplaudidos porque no son sometidos a la cultura y civilización, ni al hombre (“do viste aún su primitivo traje / la tierra, al hombre sometida apenas” (Bello 1952: 7)).

A un tercer sustantivo abstracto, “la filosofía”, se le atribuye el género femenino y se le da una forma humana y un sexo femenino, tal vez de forma contraria a las expectativas de asociar la razón y el intelecto con la masculinidad, pero aun dentro de las normas de la antigüedad clásica. Sin embargo, la Filosofía es entendida como un femenino negativo, como la “ambiciosa rival” de la Poesía, por haberse establecido firmemente en Europa. En sucesión rápida, la Filosofía se identifica con la monarquía decadente, la esclavitud, el crimen, la adulación y la barbarie. La Filosofía no es Americana; ella es la “coronada hidra”, cortesana de las cortes reales de Europa, sinónimo de servilismo. De acuerdo con el poema, la Filosofía, en la medida en que es europea se ha vendido a las monarquías de antiguo régimen y, como ellos, se ha vuelto empañada, inculta y mercenaria: “la virtud al cálculo somete” (Bello 1952: 6). Al igual que la rivalidad entre la Poesía idealizada y la Filosofía degradada, se construye un contraste más entre la joven esposa (América) y la anciana cortesana (Filosofía) y así se identifica a América con la poesía y la maternidad, y a Europa con el materialismo y la promiscuidad sexual femenina.

El panorama completo del choque de ideas, los sistemas de gobierno del siglo diecinueve- que incluyen al Iluminismo versus el Romanticismo, la naturaleza versus la sociedad y la civilización versus la barbarie, se reduce a un ambiente doméstico: una madre joven dominada por una prostituta anciana. El Poeta incita a la Poesía a abandonar la guarida de iniquidad de la Filosofía prostituida y emigrar a América, donde podrá mudarse con una familia más joven y sana y podrá tener cientos de hijos y ser feliz.

El predominio figurado del femenino le deja poco espacio al masculino, el cual de acuerdo a la opinión (doxa) clásica, debería ser el centro de todas las cosas. La poesía y el pensamiento, la naturaleza y la ciudad, Europa y las Américas, lo virtuoso y lo inmoral son todas representadas en términos de feminidades en competencia. ¿Dónde ubica el poema al masculino y qué podría representar? Hay un indicio en la genealogía de segundo nivel insertada en el poema que refiere a un mito indígena el cual, de acuerdo con la nota a pie de página de Bello, se extrajo de *Vues des Cordilleres* de Alexander von Humboldt. Huitaca, la diosa de las aguas, estaba celosa e hizo que el río Bogotá se desbordara y que así mucha gente muriese. Nenqueteba, “legislador de los muisca” (Bello 1952: 9) el hijo del sol (y presuntamente el hijo de América, quien en el poema está casado con el sol), abrió un hueco en los picos de la montaña y permitió que el río fluyese; de este modo, salvó a la población. Luego, él le dio a la gente la ley y el arte. El femenino indígena, Huitaca, representa al desastre mientras que el masculino indígena, Nenqueteba, a la ley y al arte que surgen de la catástrofe. Entonces, Nenqueteba convierte a Huitaca en la Luna, para que esté por siempre en su sombra. Este mito indígena prescinde completamente de Europa y de América europea; la razón, la ley y el arte se identifican con el masculino indígena que contiene y controla la irracionalidad femenina.

Luego de rechazar al Iluminismo europeo, plantear a la razón (auténtica, incorrupta) como indígena y masculina, y a la poesía y a América como femenina, el poeta comienza un largo viaje imaginativo, un documental de viajes lírico, a través del continente, para recrear para sus lectores (la mayoría de los cuales sólo estarían familiarizados con su *patria chica*) los paisajes estupendos donde América/la Poesía podría encontrar la verdadera inspiración, es decir, las condiciones apropiadas para su desarrollo. En general, el texto presenta al paisaje según cada nación o ciudad-estado, de tal forma que cada uno debe exponer sus atractivos: Buenos Aires, Chile, Quito, Ecuador, Monte Ávila (Caracas), 'la ciudad' (México) (Bello 1952: 8); Bello aclara cualquier ambigüedad en las notas al pie de página. El poema entrelaza una unidad continental en el imaginario colectivo mientras que respeta cuidadosamente los límites políticos, donde estos existieran.¹³ Los paisajes que se describen se seleccionan para corresponder con los gobiernos republicanos y el poema está estructurado para que cada república sea presentado con su nombre propio. De este modo, la personificación geográfica condensa una identidad colectiva hispanoamericana, distinta de aquella de España. Cuando Bello usa la palabra *nación* en un contexto americano, la usa con el sentido clásico de personas (nacidas): la nación azteca de gente indígena (para los cuales nación no es sinónimo de estado republicano), o la nación (gente) que peleó por la independencia mexicana; esto se contrasta con el estado-nación opresivo español (25).¹⁴ Los paisajes se eligen por su valor estético e histórico; son significativos por los eventos que se llevaron a cabo allí. Así, el poema señala estos eventos recientes y sus locaciones como históricos y significativos en la

formación de nuevas identidades nacionales; son lugares recientemente recordados o, si son antiguos, ya no son significativos como depósitos de cultura colonial. El poema inscribe a los paisajes de los lugares como hitos o monumentos en el tiempo histórico. La geografía y la topografía (países, ciudades, ríos, montañas) reciben un género (p. ej.: El Ecuador, la Quito) pero generalmente no reciben la persona o sexo (excepto la ciudad Cundinamarca, a la cual se atribuye con un “fértil seno”). Volveré sobre este punto.

En el último tercio del poema, el poeta cambia de enfoque. Invoca a Marón, sobrenombre de Virgilio¹⁵, cuyas églogas elogiaban la belleza del campo italiano y cuyas geórgicas celebraban la agricultura (en este sentido Virgilio fue uno de los modelos para "La agricultura de la zona tórrida" de Bello); las dieciséis líneas siguientes a la invocación a Marón se glosan y se repiten en el otro poema de Bello (la línea “el ananás sazona su ambrosía”) aparece en ambos (Bello 1952: 37)). Virgilio y los poetas latinos que Bello tradujo (Tíbulo y Horacio) representan a la edad augusta, la restauración de la paz y tranquilidad luego de un siglo de desorden y masacres civiles (Cussen 1992: 126).¹⁶ Pero Virgilio fue también el poeta épico quien, en la *Eneida*, describió y celebró el origen, crecimiento y destino del imperio romano. El poeta le ofrece a la poesía dos opciones: ¿Cantará poesía pastoral elogiando el campo, natural y cultivado? o ¿cantará versos épicos elogiando el empeño humano? La respuesta es ambas porque el paisaje americano está marcado por las señales de la epopeya trascendental en curso, las guerras de independencia.

El cambio de la poesía pastoral al panegírico épico denota una reformulación de las categorías de género, y ahora el masculino está más marcado abiertamente. El femenino provee una matriz de ideas abstractas culturales imaginadas (poesía, filosofía, etcétera), que sostiene y da significado al negocio real de la construcción nacional, la iniciativa heroica de cada hombre. Desde este punto, el género dominante es el masculino. Los protagonistas de la historia son los hombres. Cada provincia tiene su “varón” y se llaman individualmente (Gamero en Chile, Moreno, Balcarce, Belgrano en Argentina, etcétera) y conjuntamente (el Regimiento de Coquimbo, que “tantos héroes contó como soldados”, cada hombre individualmente fue un héroe) (Bello 1952: 13). Los sustantivos colectivos de importancia son masculinos: “granaderos”, “campeones”, “soldados”, e “hijos”, grupos de los cuales las mujeres fueron excluidas implícitamente. Los sustantivos colectivos de género femenino se refieren a las masas, “gallarda gente”, “pobre, inculta, desarmada plebe”, o al ejército español demonizado “veteranas filas” (Bello 1952: 14,15). Las mujeres se incluyen en la épica con una función de apoyo, pero no se nombran de forma individual. La “tierna esposa” de “Chamberlen” prefiere morir con su esposo a sufrir de una “ignominiosa servidumbre” (Bello 1952: 18); Baraya es ejecutado por Morillo a pesar de la petición de su hermana y de “cien matronas” (Bello 1952: 23). Sin embargo, de aproximadamente cincuenta héroes que se nombran (que incluyen líderes indígenas) y sus enemigos, dos son mujeres, las famosas excepciones a la regla: Luisa (Luisa Cáceres de Arismendi) y Policarpa (Policarpa Salavarrieta) (Véase capítulo 6).¹¹ El hecho de que Bello omita una nota al pie explicativa para estos nombres de mujer sugiere que son conocidas por los lectores y que están inscriptos en el imaginario colectivo, a diferencia de, por ejemplo, Gual, Boves y Monteverde, para los que se proporcionan algunos detalles. Pero generalmente las mujeres son excluidas tácitamente de los sustantivos colectivos, de género masculino, que denotan las fuerzas combatientes revolucionarias. Esto se indica con la referencia a la Batalla de

Margarita, Venezuela, en la cual las mujeres sí participaron, “donde hasta el sexo blando / con los varones las fatigas duras / y los peligros de la Guerra parte” (Bello 1952: 19). El conflicto político es entre hombres: Pablo Morillo, a quien se dirige de forma directa, comandante del ejército español por un lado, y el “inexperto campesino vulgo” por el otro (Bello 1952: 19). El poema termina con un panegírico reacio a “el liberador” mismo, Bolívar.¹⁸

¿Cuál es el trasfondo del género en este poema? Todos los sistemas simbólicos se representan como femeninos: las ideas, la inspiración, la imaginación, el nacionalismo, la moralidad, la naturaleza, la civilización y la falta de ella, el gobierno y la falta de él, etcétera. Se podría decir que en este poema el femenino es meta simbólico, la madre de todos los símbolos, ya que un símbolo representa otra cosa y lo simbólico hace presente algo que no lo está. Aquí la feminidad “se transforma en el soporte y significante necesario”, no tanto de la racionalidad (Moi 1999: 357) sino de la historia. El masculino, por otro lado, marca eventos, hechos y realidad. La distinción es entre el mito (f) y la historia (m), la teoría (f) y la práctica (m), inmanencia (f) y contingencia (m). Este suave desplazamiento desde el sustantivo con género, a través de prosopopeyas, alegorías y mitos a la representación discursiva de la mujer se basa en su exclusión empírica de la historia. Aparte de las dos excepciones que se mencionaron, las mujeres no son individuos soberanos; no forman parte del proceso de construcción nacional, excepto como apéndices de los hombres o definidas por la función de su familia. Le Doeuff plantea que una disciplina puede existir solamente cuando se la define opuesta a algo más; en filosofía “la diferencia hombre/mujer se invoca... para expresar la oposición general entre lo finito y lo infinito, es decir lo validado/excluido” (citado en Moi 1999: 357). De forma similar, el discurso histórico se reconoce como histórico solo cuando se lo define opuesto al mito, fuera del tiempo, y a los símbolos eternos. El femenino sirve este propósito. Como consecuencia, las mujeres son tropos y se les niega la existencia. Además, el sistema simbólico, base del discurso histórico del poema, subsume una dicotomía virtud/infamia, expresado como buena esposa controlada/ prostituta descontrolada. En esta búsqueda de la estabilidad dóxica, Bello, el “liberal conservador”, “partidario de un autoritarismo evolutivo y renovador” (Fontaine Aldunante 1981: 126) parece, como su contemporáneo, Hegel, a condenar a la mujer a un modo de existencia ahistórica “fuera del reino de la pelea, el trabajo y la separación forzosa los cuales en sus ojos [de Hegel] son características de la consciencia humana” (Raven, citado en Benhabib 1991: 131).

“La agricultura de la zona tórrida”

La diferencia de género se marca de forma más obvia en “La agricultura de la zona tórrida” (1826), la cual abre con un panegírico no dedicado al guerrero heroico, personificado por Bolívar, quien estaba entonces en la cima de su gloria, sino a la tierra americana que da vida:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribe
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes! (Bello 1952: 36)

El poema es una súplica ferviente por la paz en las Américas, a dejar la espada y tomar el arado; a encontrar la gloria no en la guerra y en la destrucción sino en la agricultura. A diferencia del poema anterior, el conflicto ya no es entre colonias y metrópolis (las guerras de independencia terminaron en 1825), sino una aniquilación recíproca entre las nuevas repúblicas, las ciudades y las provincias. Si “Alocución a la poesía” celebraba los actos heroicos de guerra de los hombres viriles, no hay duda de que este no es el caso en “La agricultura de la zona tórrida”.

El poema, que se inicia con los versos celebrados ya citados, es una alocución a una zona, una de las cinco regiones circuncidantes en las cuales se divide la superficie de la tierra, una subdivisión geográfica, una medida científica. Para 1826, esa zona es una región de estados políticamente independientes. A la “zona” alegórica, abstracta, no se le atribuye solamente el género femenino sino también el sexo hembra, como se demuestra en la imagen erótica que indica gestación y genealogía. Ella es fértil y atrae al sol masculino, quien la acaricia y con ella crea la nueva vida; ella concibe todo tipo de seres. La zona simboliza procreación, sinónimo de la madre naturaleza. No solo se le atribuye un sexo, sino también, como tal, se le da un papel social a lo largo del poema: ella teje, cocina, arregla flores, fabrica bebidas, da alimentos, provee, alimenta, viste y perfuma. Ella se dedica a la crianza y al trabajo para sus “hijos”, la materia prima de la naturaleza, para generar productos de uso y consumo social. El vocabulario es casi completamente doméstico. El proceso de gestación, crianza y genealogía se desarrolla a lo largo del poema para que los hijos de esta madre, cualquiera que sea su género, también crie y genere. Así la papa educa a sus flores, el algodón despliega sus brotes, el ananás sazona su dulzura, la pasionaria cuelga sus frutos, el maíz hincha su grano, y todo esto se produce rápidamente. Todos los verbos aquí (Bello 1952: 37-63) “cría”, “sazona”, “educa”, “despliega”, “cuelga”, “hincha” y “desmaya”, pertenecen al campo semántico de la domesticidad femenina.

Luego de estas primeras páginas de celebración a las actividades asociadas con la madre y la esposa de la casa, el poeta, dirigiéndose a la zona fértil, declara: ojalá tu “indolente habitador” te hubiera cuidado de forma apropiada; ojalá que hubiese habido buena agricultura. ¿Quién puede ser este habitante masculino holgazán? No hay duda de que él no es el “labrador sencillo” a quien se elogia por su trabajo.¹⁹ El objetivo de la crítica es la clase para la cual escribió Bello, la elite educada y rica: “aquellos que fortuna hizo señores” (Bello 1952: 39) quienes, él lamenta, han abandonado el campo por la ciudad. Como en “Alocución”, se dibuja un contraste entre el campo puro y la ciudad corrupta, de la cual los hombres jóvenes son las víctimas principales. La fuente de la corrupción urbana es el dinero, que enfatiza la instrumentalización de los recursos más que sus usos, el cálculo racional, las relaciones sociales impersonales y el auge del modo de producción capitalista al cual se refiere el famoso C.B. Macpherson, en su trabajo sobre el pensamiento liberal, como “una sociedad de mercado posesiva” para el cual el “individualismo posesivo” es más apropiado (Macpherson 1962: 271). Bello muestra un conocimiento inteligente acerca de cómo funciona el capitalismo y el consumismo: “el mercader que necesario al lujo / al lujo necesita” (Bello 1952: 41). La modernidad, la cultura urbana y la influencia europea son odiosas y deben ser evitadas. Como en la ficción sentimental, el capitalismo industrial se borra simbólicamente mediante imágenes de refugios campestres, amores realizados y mujeres con imaginación y energía (Fowler 1991).

Desde el punto de vista del género, es importante que los agentes de corrupción en la ciudad sean las prostitutas (como en la sátira de Terralla y Landa, Véase capítulo 5) Sin embargo, no son tanto las mujeres las que representan la depravación en su poema, sino el sexo adquirido por dinero. La venalidad, “fe mercenaria”, es el pecado más grande; convierte al amor y a las relaciones sexuales en comodidades y corrompe el orden moral establecido.²⁰ La ciudad está marcada como el lugar donde las categorías de género establecidas se desarman, y donde las diferencias de género se vuelven peligrosamente sexuales, es decir, donde las relaciones sexuales tienen lugar por placer erótico más que por propósitos reproductivos. Tal deseo y libertinaje, que recuerda al anticuado petimetre, convierten a los hombres en decadentes. La ciudad misma se representa como femenina por su “lujuria” y consumo conspicuo. La Razón está atada al carro de la Moda, personificada como un fenómeno femenino global: “de la moda, universal señora, / va la razón al triunfal carro atada” (Bello 1952: 41). El resultado es que la ciudad, representada como un femenino negativo, no provee libertad sino represión porque todos sus habitantes son víctimas de mantener las apariencias. La sociedad urbana, que funciona gracias a la circulación del dinero, no solo dirige a los hombre al juego, a la tentación y a la bebida sino que también los incita al desorden civil o, y aquí está el quid del problema, al llamado patriotismo: “sopla la llama de civiles bandos / o al patriotismo la desidia enerva” (Bello 1952: 39). A diferencia del poema anterior, el conflicto urbano no es sinónimo del patriotismo heroico; denota lo opuesto, el caos social.

Si la estructura moral de la sociedad, tanto las fértiles tierras agrícolas como la ciudad viciada, es representada como femineidades en competencia (buena y mala respectivamente), ¿dónde ubica el poema a la masculinidad deseada? Como ya se ha constatado, el masculino ideal no se asocia con la guerra; aquellos que se enorgullecen de la guerra se merecen “vituperio” (Bello 1952: 48). Los nuevos héroes después de la independencia serán agricultores que labran la tierra, hombres jóvenes trabajadores que se identifican con el orden rural tradicional (es decir, colonial), pero que ahora hacen la tierra productiva. Resumiendo, la cultura es el cultivo y la ciudadanía es la agricultura. Los hombres deben exponer su heroísmo al domesticar y domar la tierra (femenina), al sembrar, plantar y cultivar; mientras que las mujeres deben convertir las materias primas naturales en productos domésticos para consumirse, como hizo la zona fértil y la madre naturaleza en “Alocución”. La identificación de la mujer con la naturaleza se reafirma con los tropos. Los hombres, por su parte, como en las geórgicas de Virgilio o en *Emile* de Rousseau, son alentados a “honrad el campo, honrad la simple vida / del labrador” (Bello 1952: 48). Todo lo que indica la domesticación del masculino.

¿Qué estructura de género surge de esta lectura? La identidad colectiva de América, un territorio identificado y una sociedad autogobernada, se representa como la madre, la madre naturaleza y la madre patria. El principio estructural del poema es la madre, el punto de origen, el símbolo de lazo de sangre y cohesión social, emblemática de la familia y de las relaciones afectivas que unen a los ciudadanos con el estado. En las palabras de Lange, “sin un papel femenino basado en la maternidad, la familia... pierde su cualidad única de ser una institución artificial humana que incorpora relaciones naturales” (Lange 1991: 105). La madre-familia provee una base natural para el desarrollo de la virtud civil. El propósito del poema es insertar o subsumir una nueva masculinidad post-colonial en el imaginario colectivo. El individualismo posesivo y el interés

personal necesitan reemplazarse por los lazos (con la tierra, con el estado) representados como madre. De este modo, siguiendo a Rousseau, los hombres pueden ser libres, pero gobernados por la ley y el afecto.

De esta manera, el simbólico maternal asegura el nuevo orden dóxico. El orden es amenazado por la guerra, inscrita en términos de masculinidad, y por la ciudad, representada como femenina, afeminada o epicena y marcada como el lugar de la ambigüedad de género amenazante, como en la sátira colonial. Ni la masculinidad agresiva ni el afeminamiento son la respuesta. No es que los hombres deban tomar los atributos de las mujeres sino que los hombres (con su virilidad esencial intacta) deben insertarse en un imaginario maternal nuevo. La masculinidad debe cambiar su estilo; los ciudadanos masculinos deben criar, no matar. Como Rousseau escribió en *Emile*, “se debe elegir entre formar a un hombre o a un ciudadano, porque no se puede formar a ambos al mismo tiempo” (citado en Lange 1991: 111). Para decirlo más claramente, los hombres deben ser madres. Aquí está la contradicción irreconciliable resuelta en el tropo, posiblemente no menos contradictorio de “la madre patria”. Ambos poemas rechazan la “société civile” de interés personal y el “amour propre” de Rousseau. Postulan otra versión de la modernidad: una sociedad autónoma ordenada, basada en la producción agrícola, la autarquía y la virtud, es decir, la conformidad del individuo con el deseo colectivo. El género aparenta estar configurado en una estructura triangular: el “genetrix” en un vértice, fuera del tiempo (mito), y el soldado épico en el otro vértice, relegado al pasado y a la memoria (historia). En el tercer vértice está la realidad de la vida cotidiana, el aquí y el ahora de los poemas, el mapa social y geográfico contemporáneo, al cual se le atribuye un género ambiguo. Es aquí que las tensiones materiales se detectan entre lo urbano y lo rural, y entre la explotación extranjera y la autonomía. La promiscuidad de género en el mundo urbano moderno y las actividades incontroladas de las mujeres como sujetos históricos fuera de los confines del mito y el tropo deterioran el orden y significan una amenaza.

Es posible identificar los trucos del poeta, los procesos textuales a través de los cuales la doxa del género se infiltra en estos poemas. Los poemas incluyen al género por necesidad, ya que en el español se utiliza el género. Pero una vez que los tropos (alegoría, prosopopeya) entran en juego, una vez que los conceptos abstractos toman forma corpórea, el género gramatical cambia a las representaciones de diferencia sexual. Solo el femenino se representa figurativamente de esta forma; las figuras míticas y alegóricas son casi completamente femeninas en su forma. Además, se presta mayor atención de forma exclusiva a la sexualidad y la reproducción femenina. En el primer poema, el femenino ideal simboliza el mito de la unidad nacional, mientras que la historia se inscribe firmemente como el dominio del hombre; pero hay concesiones en la idea de que las mujeres de verdad podrían contribuir al proceso de construcción nacional. Sin embargo, en el segundo poema que presenta un orden imaginario post-colonial en términos de la maternidad y la domesticidad, las mujeres reales no aparecen. La labranza del suelo, la agricultura necesaria para consolidar la nueva sociedad, es el trabajo de “el labrador sencillo”, “el hombre americano” (Bello 1952: 39). Aunque la maternidad es una inquietud principal en el poema, no les proporciona un papel concreto en la construcción nacional a las mujeres. En lugar de eso, se alienta a los hombres a asumir este papel también.

La literatura como una forma ideológica es una herramienta poderosa en la construcción nacional. Como explica Bourdieu, cada orden establecido tiende a

naturalizar “su propia arbitrariedad”, lo que resulta en una sociedad estable en la cual los mundos naturales y sociales son doxa evidente (Bourdieu 1977: 164; Moi 1999: 277). Una lectura más minuciosa de los poemas demuestra cómo el género se naturaliza en el mito y el tropo y cómo funciona con el propósito de asegurar la estabilidad y construcción de una nación. Desde una perspectiva de género, la consecuencia es un orden altamente dóxico que deja poco espacio para la transformación. En la poesía de Bello el femenino se sublima, mientras que el masculino representa la realidad histórica. Macherey planteaba que la literatura es la producción de efectos de ficción, un lenguaje de compromiso figurado, por medio del cual las contradicciones irreconciliables pueden parecer naturales e inevitables (Balibar y Macherey 1974; Macherey 1978:61). Este también es el lenguaje de la ilusión y del mito. En los poemas de Bello, el femenino tiene la función de representar al continente post-colonial en el imaginario colectivo como un sistema coherente de signos que significan orígenes, pertenencia y orden social, moral y político, lo que estimula la atracción y el afecto; los ciudadanos pueden abrazar a la nación “como un amante” (Landes 2004a:104). El tropo destacado es la prosopopeya, por medio de la cual lo abstracto (lo ideal y teórico) se traduce en la forma concreta corporal femenina. El resultado es la naturalización de una realidad histórica y política y el orden del género conservador que subsume. El femenino funciona como un transporte por medio del cual el realpolitik de la reestructuración política post-colonial se representa como evidente. Son más perjudiciales, especialmente para las lectoras de la época, los efectos ideológicos de diferencia de género que se inscriben en los poemas. La mujer se conceptualiza como si fuera la naturaleza para que, en palabras de Colette Guillaumin, “todos los seres humanos sean naturales, pero algunos sean más naturales que otros” (Guillaumin 1996: 94), lo que tiene consecuencias políticas importantes.

En los poemas de Bello no hay espacio para las mujeres en la historia. Los hombres son los emprendedores e impulsores en la vida cotidiana, mientras que las mujeres sostienen la trama de la sociedad. No hay nada nuevo en esto. Y de esto se trata. Porque como plantea Claude Lévi-Strauss, “la mitología es estática, encontramos los mismos elementos míticos combinados una y otra vez, pero están en un sistema cerrado, digamos, en contradicción con la historia, que es, por supuesto, un sistema abierto” (Lévi-Strauss 2002: 34). Lévi-Strauss se pregunta, “¿Cuál es la diferencia entre la organización conceptual del pensamiento mitológico y el de la historia?” (Lévi-Strauss 2002: ix). Esta lectura de la poesía de Bello sugiere que la historia es teleológica y el mito recursivo, y que la diferencia es marcada por el género: el signo mujer denota lo orgánico, lo inmanente y lo mítico, la división de la humanidad en dos grupos somáticos, uno apropiado por el otro y encerrado en la naturaleza. Se atribuyen esencias eternas y diferencias fisiológicas y anatómicas sólo a los grupos dominados (mujeres, esclavos, sirvientes). Como escribe Guillaumin:

Las consecuencias políticas de esta ideología son incalculables. Aparte del aspecto prescriptivo de dicho discurso (los dominados están hechos para ser dominados: las mujeres están hechas para ser sumisas...), este discurso naturalista atribuye toda la acción política y toda la acción creativa... solo al grupo dominante. Toda la iniciativa política por parte de los individuos apropiados [dominados] será rechazada o seriamente reprimida. (Guillaumin 1996: 102)

El progreso futuro de los estados-nación post-coloniales dependía de la estabilidad. En estos poemas, el orden es asegurado al perpetuar y es más, al exacerbar el género *doxa* de la antigüedad clásica y del republicanismo. Las representaciones literarias del femenino hacen posible la naturalización del nuevo orden social y político como inevitable y evidente. Cualquier lucha en contra de este orden aparecerá como antinatural, o “como un proceso natural *sin significado político* y será presentado como una *regresión* hacia las zonas oscuras de la vida instintiva. Y será desacreditada” (Guillaumin 1996: 102, su énfasis). Al resistirse, pero a la vez imitar, los paradigmas culturales de la metrópolis, los intelectuales de Nuevo Mundo reprodujeron aquellos del Viejo Mundo. Los términos de su resistencia estaban siempre ya configurados según los paradigmas de una cultura y lenguaje que continuaban siendo dominantes, el eje de que era el género.

Notas

- 1 Titulado originalmente “Alocución a la poesía en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos que más se han distinguido en la guerra de independencia”.
- 2 Una *silva* es una composición métrica libre de líneas heptasílabas y endecasílabas, la mayoría de las cuales no poseen rima. No hay separación de estrofas.
- 3 Sobre el “efecto Bello”, la institucionalización de su *Gramática* y su autoridad sobre la lengua en Chile, hasta mediados del siglo veinte, hasta el punto de que fue identificado con una pedagogía basada en la memorización y el aprendizaje de memoria (exactamente contraria a su propia opinión sobre el aprendizaje por medio de la observación y el pensamiento independiente), Véase Poblete 2003: 241-49, 247.
- 4 Desde luego, Bello estaba familiarizado con la *Gramática de la lengua castellana* de Antonio Nebrija, la primera gramática de los idiomas romance escrita de acuerdo a los principios humanistas. El prólogo de Nebrija fue terminado luego de la caída de Granada en 1492, aunque le había mostrado una copia a Isabel I en 1486. En el prólogo, dedicado a la reina, Nebrija escribe, con relación al griego y al latín, “que siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comentaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos” (Nebrija 1980: 97). La *Gramática* se iba a utilizar como un instrumento del poder imperial castellano; cuando la reina preguntó “para qué podía aprovechar” el libro, el obispo de Ávila contestó, “que después que vuestra Alteza metiese debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, [y] con el vencimiento aquellos ternían [sic] necesidad de recibir las leies qual vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua” (Nebrija 1980: 102).
- 5 La *Gramática* debería ser usado como un libro de texto, especialmente en Santiago, como señala Bello. Quería liberar a la gramática española de las limitaciones de los modelos y la terminología del latín. Las gramáticas disponibles en esa época eran aquella de la Real Academia Española, basada en el modelo del latín para la ortografía, la conjugación de verbos y la declinación de sustantivos, y aquella de su amigo liberal español, Vicente Salvá, publicada en 1830, 1835, 1837. Iván Jaksić escribe, “la partida de Bello de la gramática de la academia española fue una declaración de libertad de la dependencia cultural de la madre patria” (Jaksić 2001: 150).
- 6 Los siete géneros son: masculino, femenino, neutral, común de dos, común de tres, dudoso y mezclado. Nebrija agrega que el género no siempre denota sexo en esos sustantivos “en que la naturaleza no demuestra diferencia entre machos y hembras por los miembros genitales, como el milano, la paloma, el cielo, la tierra (Nebrija 1980: 183).
- 7 El título en inglés se toma de la traducción de P. Heath (Cambridge University Press, 1988)

- 8 Todas las referencias son de Bello 1928. Bello publicó *Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana*, en Santiago de Chile, 1835; *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, en 1841. La primer edición de Rufino José Cuervo de la *Gramática* (Paris, 1918) fue la edición número 19. Véase también la edición anotada de la *Gramática* de 1981 por Rafael Trujillo.
- 9 “Epiceno” (que deriva del griego, significa “común”, como en “sustantivo común”) denota cualquier sexo sin cambio de género; usado por o acerca de ambos sexos; con características de ambos sexos; sin características de cualquiera de los sexos; y amanerado.
- 10 “Exposición que el presidente de la república Joaquín Prieto dirige a la nación chilena el 18 de septiembre de 1841”, publicado en *El Araucano*, 24 de septiembre 1841. Véase Bello 1976.
- 11 Agrega que “la filología es algo desconcertante en esta cuestión” (de Beauvoir 1997: 211, nota 16).
- 12 Compárese, por ejemplo, las representaciones de género en el poema más íntimo “La oración por todos”, dirigido a la joven hija del poeta.
- 13 En 1823, un año antes de las batallas finales de las guerras de independencia (Junín y Ayacucho), los límites territoriales de las nuevas republicas aún estaban por fijarse. Por ejemplo, Argentina y Bolivia no existían como tales y Gran Colombia comprendía los países actuales de Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá.
- 14 Nótese también las dos interpretaciones del significante “Manzanares”, que simbolizan los ríos Manzanares (al final del poema): el Manzanares colombiano (de “aguas bellas”) significa la belleza, paz, pureza y fertilidad de la gente americana; el Manzanares español (en Madrid) (“de ondas pobre”) significa el agotamiento, la pobreza y la arrogancia del pueblo español, quien está orgulloso de ser súbdito del rey (Bello 1952: 16).
- 15 Virgilio nació en un pueblo pequeño cercano a Mantua llamado, curiosamente, Andes. Menéndez y Pelayo planteó que Bello fue el más virgiliano de los poetas que escriben en español (Menéndez y Pelayo 1893: cxlii).
- 16 El periodo de Augusto en Roma estableció paz y orden pero también un gobierno centralizado y fuerte y, por analogía, Absolutismo, en comparación con la libertad menos ordenada de la Roma republicana, Cussen propone que en “Alocución”, Bello pasa de una visión neoclásica a una en la cual predomina la producción agrícola, de este modo, el equilibrio se inclina hacia los valores republicanos, lejos de la monarquía. (Cussen 1992: 126).
- 17 María Luisa Cáceres de Arismendi (1799-1866) fue capturada en Venezuela y exiliada a España; Policarpa Salavarrieta (1795-1817), conocida como “La Pola”, fue ejecutada en Bogotá (Véase capítulo 6).
- 18 El poema elogia a Miranda, quien fue traicionado por Bolívar y entregado a las autoridades españolas. Tal “perfidia” se menciona explícitamente. También elogia a Manuel Piar, el líder *pardo* que Bolívar ejecutó en 1817. Bolívar se indignó cuando leyó el poema (Ver Jaksic 2001: 57, y Cussen 1992: 140-41).
- 19 Para una lectura post-colonial de este poema y la influencia de Humboldt Ver Pratt 1992: 172-80. Pratt pregunta quién hace el trabajo agrícola y sugiere que Bello desconoce los trabajos de las multitudes anónimas (Pratt 1992: 180). Sin embargo, el poema se refiere explícitamente al “labrador sencillo”, el “fatigado agricultor”, “la gente agricultora del Ecuador”, etcétera (Bello 1952: 39,45) y deja claro que estos trabajadores no son los corruptos habitantes de la ciudad.
- 20 Cussen lee esta referencia a la “fe mercenaria” como una referencia al monopolio de la iglesia del crédito oficial en las colonias y su intrusión inadecuada en la sociedad civil (Cussen 1992: 120-21).

